

*envía*, le da al autor la base sobre la que fundamentar el ineludible carácter misionero de la Iglesia como algo intrínseco a su naturaleza. Si la Iglesia quiere ser heredera de Cristo tendrá que ser la continuadora de su misión: mostrar al mundo el rostro del Padre. San Juan es el punto de referencia bíblico más fuerte sobre el que se apoya la legitimidad de una lectura del misterio de Dios en torno al tema del envío, ya que es como el *leitmotiv* de este evangelio.

La prioridad del hacer de Jesús no le lleva al autor a plantear el cristianismo en términos puramente éticos. Parte del seguimiento como el mejor medio para conocer y confirmar el ser de aquel que se presentaba como el Salvador del mundo.

La falta de pretenciosidad de esta cristología y su lenguaje asequible, hacen de este libro una obra interesante y sugerente.—M. DOLORES L. GUZMÁN.

A. GESCHÉ, *Dios para pensar I: El mal. El hombre; II: Dios. El cosmos; III: El destino IV: Jesucristo, Verdad e Imagen* 135, 136, 148 y 150, Sígueme, Salamanca, 1995-2001.

A. Gesché, profesor de teología de la Univ. de Lovaina, viene publicando regularmente unos pequeños y densos volúmenes de *teología filosófica* (para universitarios cultos, no teólogos), con el título general: *Dios para pensar*. Han aparecido traducidos estos cuatro, en los que plantea y desarrolla, en diálogo con la historia del pensamiento occidental, los problemas básicos del drama humano y de la experiencia cristiana de la gracia. El propio autor ha evocado la ocasión para escribirlos: «Como bastantes de mis colegas de la Facultad de Teología de Lovaina, doy un curso de cuestiones religiosas en otra facultad de nuestra Universidad. A la salida de uno de esos cursos, un día, se me acercó un grupo de estudiantes. «¡Estupendo! —vinieron a decirme—, pero indudablemente usted está haciendo su trabajo. ¿Podría decirnos si usted cree en Dios y por qué? Así “emplazado” y, como ocurre en semejantes circunstancias, casi sin pensarlo, me puse a encontrar —casi descubrir— mis razones para creer» (II, 17).

Estos libros ofrecen las *razones de su fe*, expuestas en contexto universitario, para alumnos que están interesados por los temas básicos de la sabiduría de la búsqueda del hombre sobre el mundo. Gesché dialoga para ello con la tradición de la filosofía y la literatura, empezando por los griegos y los medievales y culminando en los literatos y pensadores (también científicos) de la actualidad. De esa forma ofrece esta pequeña *suma* de la búsqueda religiosa actual, en perspectiva cristiana, situándose allí donde las «ciencias del espíritu» quieren mantener su diferencia, pero siguen dialogando con las «ciencias duras» de la naturaleza que parecen haber olvidado los problemas del origen y meta de la vida y del sentido del hombre, amenazadas por un tipo de modernidad que pretende arrojar por la borda el lastre de su pasado religioso. Concebido y escrito desde esa perspectiva, este libro quiere mostrarse como testimonio de identidad cultural cristiana en un centro universitario de inspiración humanista (Lovaina) donde la teología ha sido muy importante desde antiguo, pero donde ahora corre el riesgo de quedar encerrada en su pequeño gueto, mientras el conjunto de la cultura se deja arrastrar por un laicismo que ya no es humanista, sino simplemente positivo.

¿Para qué sirve la teología en un tiempo donde sólo parecen importar los saberes prácticos?, ¿qué ofrece a los universitarios? Muchos responderán que poco. La gran mayoría de los estudiantes (por ejemplo en España) no tienen ocasión ni espacio para enfrentarse con los temas básicos de la cultura filosófica y religiosa, y de esa forma corren el riesgo de cerrarse en el puro tecnicismo de unos estudios especializados y en la banalidad de una religión cultivada o rechazada sin conocimiento personal. Para ofrecerles una base de diálogo cultural, ampliando sus clases de Lovaina, ha escrito Gesché este libro. No es texto de estricta teología: no hace falta ser profesional para entenderlo. No es tampoco ensayo de filosofía, ni un conjunto de simples reflexiones eruditas sobre los problemas fundantes de la vida y obra humana. Es, más bien, un ejercicio de *razón teológica*. Frente al recelo de ciertos cristianos ante la cultura y sobre el desdén anticristiano de algunos pensadores, ha mostrado Gesché el sentido fuertemente racional de la fe, reasumiendo una línea que habrían cultivado los grandes maestros del pensar teológico, de Orígenes a Rahner, de Santo Tomás a Newman. Con ese convencimiento ha venido escribiendo estos libros en los que sitúa los grandes temas cristianos en el centro de la cultura humana. El tema es siempre el mismo: *pensar desde Dios*, más que *pensar a Dios*, en cuatro obras que recogen los aspectos centrales de la experiencia humana:

1. *El Mal y el hombre*. En el principio de toda *teodicea* (estudio y defensa de Dios) se encuentra ya en tiempo muy antiguo, al menos desde Job y Sófocles, desde Séneca y san Pablo el enigma y problema del sufrimiento humano, vinculado a la dureza del cosmos y a la fragilidad de la vida. Sólo allí donde el mal se asume y estudia en forma consecuente, sea en claves de «pecado original», sea en formas de esfuerzo liberador, tiene sentido la pregunta por Dios. La cuestión del mal no puede encerrarse en sí misma, sino que pone en juego el sentido del ser humano, que constituye él mismo una pregunta que no se puede resolver con puro pensamiento, ni abandonarse en manos de la irracionalidad o de los fundamentalismos de tipo diverso y casi siempre opuesto. El ser humano no es racionalista, pero es racional y, desde el fondo de su razón, pensándose a sí mismo, ha de pensar a Dios.

2. *Dios y el cosmos*. Sólo allí donde el ser humano se pregunta por sí mismo, recibe sentido la cuestión de Dios. Así lo muestra Gesché volviendo, de forma consecuente, al lugar donde Tomás de Aquino había situado el tema, al preguntarse lúcidamente *an Deus sit* (si Dios existe). Pero, al mismo tiempo, sabe con M. Heidegger que Dios se despliega o revela en las religiones antes que en la filosofía; sobre ese despliegue o revelación, que emerge en el centro de nuestra cultura interrogante, ha escrito estas bellísimas páginas. En ese fondo se sitúa el cosmos, que ya no es punto de partida para el estudio de Dios, sino realidad iluminada más bien por lo divino, en clave científica (¿es Dios un relojero de esta máquina del mundo?), ecológica (nuestra tierra es morada del Logos), religiosa (¿estamos ante un nuevo encantamiento cósmico?). Desde esa luz, el mundo forma parte de nuestra propia historia de escucha y despliegue sagrado (cristiano) de la vida.

3. *El destino*. Ese término pudiera interpretarse en un sentido fatalista: como el hado que nos determina desde fuera o el eterno retorno que nos encierra en aquello que está dado y repetido para siempre. En contra de eso, desde una perspectiva cristiana, destino significa elección y tarea, llamada y responsabilidad que Dios mismo ha querido ofrecernos. Por eso es *salvación*: implica que podamos ser y seamos des-

de Dios lo que somos o estamos llamados a ser. Es hermosa la manera en que estas páginas distinguen entre una inmortalidad, que dejaría encerrado al hombre en su tiempo sin fin, y una eternidad entendida como don del mismo Dios. Desde ese fondo ha destacado Gesché la peculiaridad de la religión israelita que, por largos siglos, ha estado centrada en la acción y alianza de Dios, pero sin destacar la vida tras la muerte o sobre la muerte. Así se entiende la novedad cristiana, que identifica la salvación con el don de Dios en Cristo, que no es negación, ni simple pervivencia, sino resurrección de la vida.

4. *Jesucristo*. La humanidad de Dios, hecha historia personal de amor, distingue al cristianismo de las otras religiones, que tienden a separar al hombre (alejándolo de Dios) o lo identifican sin más con lo sagrado. Toda teología y antropología cristiana es, al fin, cristología: decir y vivir el don de Dios en Cristo, esto es evangelio.

Tales son los temas de los cuatro libros que Gesché ha concebido como *Suma Teológica* para universitarios no teólogos. Resulta imposible resumir su contenido. Simplemente invitamos al lector a que los vaya haciendo suyos, en lectura meditativa y dialogada, para recrearlos desde su propia perspectiva cristiana. Ellos le ofrecerán una reflexión sobria y profunda sobre la totalidad del misterio cristiano, en *línea de modernidad* (descubrirá al mejor Heidegger, volverá a los problemas planteados por Kant y a las intuiciones de pensadores actuales, como E. Levinas) y *tradición helénica y cristiana* (con Platón y san Agustín, los escolásticos y Lutero...). Estos libros están teniendo una gran aceptación en el mundo cultural francés. En castellano parece que han sido menos valorados y aceptados. Ello puede deberse al hecho de que los temas religiosos y cristianos influyen menos en nuestra vida académica: las universidades tienden a orillar el hecho religioso, como dato irrelevante. Así corremos el riesgo de un vaciamiento cultural; más aún, podemos acabar en manos de los esoterismos o fundamentalismos de diverso tipo. Allí donde la cultura religiosa tiende a perder contenido y donde ya no se cultiva el diálogo de la religión con la cultura y pensamiento de un pueblo, el pueblo tiende a perder sus razones de vida más profunda. Esta obra de Gesché puede ayudarnos a tender puentes entre la cultura y religión, ciencia y pensamiento espiritual. Ciertamente, no proviene de nuestro contexto español o hispano-americano y así puede parecer extraña o lejana, separada de nuestros problemas. Pero su lugar de origen, que es Lovaina, en Bélgica, tampoco está muy alejada de nosotros.—X. PIKAZA.

M. HENRY, *Encarnación. Una filosofía de la carne*, Hermeneia 49, Sígueme, Salamanca 2001, 346 pp.

He publicado hace poco tiempo, en esta misma revista, una extensa reseña sobre una obra anterior de M. Henry (*Yo soy la verdad. Para una filosofía del cristianismo*, Hermeneia 47, Sígueme, Salamanca 2001), donde presentaba una semblanza del autor y de su pensamiento. Tomo como base lo allí dicho y quiero seguir reflexionando sobre el despliegue filosófico de este autor venerable que, en la plena madurez de su vida, ha querido repensar el cristianismo desde una perspectiva filosófica, situándose en la línea de los grandes creadores cristianos como Ireneo y Agustín, Orí-